

Prevención en psicología: la asignatura pendiente

Prevention in Psychology: the pending subject

Elio Rodolfo Parisi¹

RESUMEN

Este trabajo se orienta a la necesidad de repensar las prácticas psicológicas actuales en Argentina y la posibilidad de plantear nuevos escenarios de acción de la psicología –abordajes, herramientas de intervención, métodos de análisis y observación– a partir de la elaboración de diferentes campos teóricos, o la adecuación de los marcos teóricos existentes en pos de un trabajo comunitario.

Palabras clave: Salud mental; Psicología preventiva; Control social.

ABSTRACT

This paper addresses the necessity of re-thinking the present psychological practices in Argentina and the possibility of creating new scenes of action for psychology – approaches, tools for intervention, analysis methods, and observation–, starting from the elaboration of different theoretical fields and/or the adjustment to the existing theoretical frameworks in order to achieve better preventive work.

Key words: Mental health; Preventive psychology; Social control.

Teniendo en cuenta el carácter de la formación de los psicólogos en Argentina y el hecho de que han transcurrido 53 años desde la creación de la primera carrera de Psicología en el país, parece necesario realizar algunas reflexiones en relación con la actual situación cultural y social.

La primera carrera de Psicología fue establecida en la ciudad de Rosario en el año 1954, en la Universidad del Litoral (Klappenbach, 2003), y tres años después, en 1957, en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Dagfal (2007) señala al respecto:

El nacimiento de esa primera carrera había estado ligado al auge que tuvo la psicología aplicada al trabajo y a la educación a fines de los '40 y principios de los '50. La carrera de Psicología de la UBA, en cambio, fue uno de los frutos de la renovación social y cultural producida luego del '55, que implicó a su vez una profunda transformación en el seno de las universidades nacionales. En efecto, después de la caída de Perón, la UBA renovó sus planes de estudios, reincorporó a muchos de los docentes depuestos en los '40, y dio cabida a toda una nueva generación de intelectuales que, durante la década anterior, habían sobrevivido “en las sombras”, en el seno de revistas y otras iniciativas culturales alejadas de la universidad.

¹ Proyecto de Psicología Política de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Luis, Ejército de los Andes 950, 5700 San Luis, Argentina, tel. 55-2652-435512, fax 54-2652-430224, correo electrónico: erparisi@unsl.edu.ar. Artículo recibido el 15 de agosto y aceptado el 28 de noviembre de 2007.

Por lo tanto, la psicología, como producto académico, tiene en la Argentina más de medio siglo. No obstante el tiempo transcurrido y la “mayoría de edad” que han alcanzado la mayoría de las escuelas y facultades de psicología del país, es necesario –porque los cambios sociales así lo imponen– continuar reflexionando respecto de las orientaciones epistémicas impuestas a esas formaciones.

El escenario social

En razón de la complejidad creciente de una realidad atravesada por ilimitados problemas sociales, se requiere que los diferentes enfoques psicológicos puedan ser repensados a la luz de esa realidad social, para que sus prácticas puedan adecuarse a la demanda de una población en la cual día a día se intensifica el malestar y la angustia ante un mundo en el cual el sujeto tiene dos alternativas: “ser un sobreviviente o un sobrante” (Sastre, 1945)².

Los problemas actuales se inscriben en una amplia gama de diferentes características que hablan por sí solas de los serios peligros que amenazan al ser humano: aumento en la tasa de suicidios adolescentes, consumo de psicofármacos, consumo de alcohol, estrés infantil, ataques de pánico, desinterés por el estudio y escepticismo ante el valor del conocimiento, presencia de patologías asociadas a trastornos de la alimentación –como los frecuentes casos de bulimia y anorexia–, enfermedades cardíacas y consumo conspicuo de drogas desde edades muy tempranas, entre muchos otros (Parisí, 2006).

Cierto que la complejidad de la conducta humana y la desazón que reina en la actualidad son producto de un sinnúmero de factores, muchos de ellos ligados invariablemente al atropello del mercado, ante el cual la vida, la infancia, la juventud, la vejez y el trabajo tienen solamente un valor subsidiario.

Esto implica que la salud física o mental se vea fuertemente afectada y resentida. Es posible observar con frecuencia, no sólo desde los ámbitos investigativos sino en la misma cotidianidad, cómo la impiedad de la realidad vulnera la salud mental de cualquier sujeto. De hecho, podría decir-

se que el aumento en el consumo de drogas, estupefacientes o psicofármacos sirve para “soportar” o al menos “alivianar” la existencia humana³. Son utilizados como mediadores entre el sujeto y la realidad para poder “tolerar” mejor esta última a través de su deformación.

Un interrogante surge, pues, sobre las posibilidades de la psicología y de las herramientas y dispositivos con que cuenta, y si es factible que con esos bagajes técnicos y teóricos se puedan ofrecer respuestas eficaces a esa gama tan amplia y compleja de problemas sociales.

El concepto de “respuesta eficaz”, que podría ser leído interesadamente como una estrategia de mercado, en realidad estaría en relación con la necesidad de establecer espacios alternativos desde la praxis psicológica que permitan reflexionar y dimensionar el porqué de la vida, los motivos de la existencia y colaborar –si es que ese es el término apropiado– a que el sujeto pueda sobrellevar la existencia de la mejor manera posible.

Quizás lo anterior se realice en efecto en múltiples prácticas psicológicas, pero lo que interesa es repensar el objeto de conocimiento que construye la psicología en Argentina, y saber si en ese objeto de conocimiento no sólo prima la subjetividad como valor predominante, sino que también son tenidas en cuenta, con la magnitud que ello implica, las condiciones externas que propician y dan sentido a esa subjetividad, las que deben ser conocidas en profundidad para poder realizar análisis en términos de las dimensiones que constituyen al individuo como un ser biopsicosocial, pero haciendo hincapié, desde nuestra particular mirada, en los aspectos sociales.

Otro interrogante que surge se refiere a la necesidad de conocer desde qué enfoques teóricos –ideologías e implicaciones de las mismas– se orientan las prácticas psicológicas con que se forman a los futuros psicólogos.

El poder en la psicología

En la mayoría de los casos, en las prácticas psicológicas desarrolladas por los profesionales de

² Conferencia dictada en París.

³ Una canción de Andrés Calamaro, un conocido artista argentino, dice que en la actualidad el poder no ofrece pan y circo, sino clorazepan (un ansiolítico) y circo.

la psicología suelen insertarse, desde un eje teórico, las macroteorías dominantes (Klappenbach, 2003), a partir de las cuales se define un determinado concepto de salud mental que se va desarrollando y ampliando en una única dirección posible y dentro de un paradigma científico determinado (Khunn, 1962). De esta manera, lo que hacen esas prácticas es significar y orientar una construcción social de la salud mental, la que se retroalimenta desde su propio marco teórico conceptual.

La dirección que adopta el modelo teórico remite a una noción ideológica de la salud mental que, con las diferencias sustanciales de cada esquema conceptual (taxonomía), propias de cada marco teórico, suele equiparar a la salud mental con distintas formas de adaptación al modelo social imperante.

Como sucede en todos los sistemas de dominación cultural, política y económica, se tiende a tener sobre la población una hegemonía tal que hace posible un ordenamiento instituido y, como consecuencia, el mantenimiento del poder en manos de los referentes de esa dominación; para ello, se utiliza el control social, ya de manera persuasiva (a través del discurso), ya coercitivamente (mediante la violencia).

Foucault (1975) sostiene que las disciplinas científicas se conforman cuando se constituye un discurso disciplinado que genera determinadas prácticas para la obtención de una sociedad normalizada y homogeneizada. La relación que se entabla entre las disciplinas con las modalidades de organización social y con la tecnología humana constituye el espacio donde surgen las relaciones de poder. Entre las disyuntivas de un discurso, la forma concreta y la materialización de la organización social, aparecen las relaciones de poder.

Esos sistemas de dominación teórica e ideológica se reproducen institucionalmente y legitiman formas particulares para su propagación. Por tanto, en un país o en regiones determinadas la “psicología legítima y legitimadora” será la impuesta por el sistema teórico que tenga el ejercicio del poder y en tanto pueda dar respuestas al sistema cultural imperante y a sus exigencias, o, al menos, en la medida en que satisfaga las demandas de atención psicológica que la clase social dominante impone como necesarias. En lo que se refiere estrictamente a la psicología en Argentina,

se puede observar, a manera de ejemplo, cómo la macroteoría dominante es el psicoanálisis, así como para otros países lo son otros enfoques teóricos.

Espacios particulares de justificación y contextualización harán posible la irrupción y el posterior desarrollo de esas teorías (o su estancamiento y desaparición), pero su ligazón con el poder —o la medida en que ellas constituyen ese poder— garantiza su existencia y, tal como se decía líneas arriba, su propagación.

Aquella psicología que reniega, transgrede o se rebela contra la matriz que legitima las teorías psicológicas vigentes y sus prácticas, no tendrá una repercusión dentro del saber ni en su sistema de reproducción y sustentación. Prueba de ello es la psicología que se dedica al trabajo comunitario, con escasos desarrollos en Argentina⁴, frente a la hegemonía, tal como se decía, del psicoanálisis y sus múltiples escuelas.

Haciendo historia sobre este hecho, se puede afirmar que a treinta años del golpe de Estado (1976-1983), que asoló a la Argentina y que prohibió a la psicología social comunitaria intervencionista —cuya orientación y propósito eran el cambio social, entre sus aspectos más distintivos, y también a la psicología dedicada a la prevención, por no hablar de muchos otros campos—, no ha vuelto a transitar de manera destacada en los claustros universitarios argentinos, donde los más importantes desarrollos están orientados la mayoría de las veces al psicoanálisis, en su orientación asistencialista.

La larga noche del proceso terminó, pero no acabó con la hegemonía de esa psicología que brinda asistencia a las clases pudientes (medias y altas) y se desarrolla teóricamente no sólo en las áreas estatales, sino también privadas, con una gran repercusión en la producción científica de publicaciones dedicadas al tema, sucesos académicos y grupos de formación, entre otros aspectos.

⁴ En la UBA y en otras universidades se hacen desarrollos en psicología comunitaria. Es de aparición reciente el texto *Aportes de la psicología comunitaria* (2007) de la Facultad de Psicología, donde se está trabajando desde 1980. De todas maneras, frente a la producción que se realiza desde el psicoanálisis, estos son aportes que no alcanzan a ser de mucha trascendencia.

La mirada clínica

Otra de las características de lo manifestado anteriormente es el hecho de que el devenir de la psicología en general y de la psicología clínica en particular –al menos en lo que respecta a su ejercicio de la profesión en Argentina– se ha orientado, desde su propia dialéctica, a un abordaje definido de manera clínico-asistencialista.

Se trabaja desde el estudio e investigación de la enfermedad mental, entendiendo qué conductas definen a la misma, y se comienza a operar sobre los sujetos enfermos. De acuerdo con el modelo teórico desde el cual se trabaje, se “asiste” a un sujeto “enfermo” y, en la mayoría de los casos, se le readapta buscando producir en él modificaciones internas para que opere de manera adecuada en esa realidad que se presenta como inmutable e inmodificable (Parisí, 2005)⁵.

De todas maneras, desde esos abordajes suele estar vedada a los sujetos la posibilidad de pensar la búsqueda de su salud mental en términos de acciones transformadoras concretas o del rechazo activo de lo intolerable de la cotidianidad, buscando una inserción activa en su medio social; por el contrario, la práctica clínica exige un “ajuste a la realidad”, sin demasiadas posibilidades de “modificar la realidad externa”. El sujeto debe hacer una lectura de su situación particular desde otra mirada: la del terapeuta, quien le demanda un cambio interno.

En este dispositivo de trabajo y control orientado a explicar la enfermedad o el malestar mental en términos individuales (pues se coloca la etiología de la enfermedad en el propio individuo), se deja de lado la posibilidad de aplicar una psicología preventiva que pueda encarnar una mirada compleja y con más posibilidades respecto de las causas de la enfermedad. Ello implicaría abrir la mirada teórica y la praxis al entendimiento y búsqueda de la etiología de la enfermedad en la complejidad social, sin descuidar, claro está, los aspectos individuales.

Por el contrario, ideológicamente se restringen la enfermedad y su curación a espacios mínimos de acción (el mundo intrapsíquico) que con-

⁵ Esta afirmación no intenta restar importancia al bienestar psicológico que pueda obtener el paciente, lo que, por cierto, es algo muy meritorio.

llevan cambios en el interior del sujeto (su mirada del mundo), sin que esto genere algunas posibilidades de modificación o cambios en su entorno social, productor último del malestar cultural.

Por otra parte, la acción de la mirada psicológica asistencialista –que tiene un alto costo económico en tanto que desdeña un trabajo preventivo de alto carácter social– contribuye al engrosamiento social de sujetos con dificultades y trastornos mentales y altos grados de sufrimiento personal.

No se plantea desde estas reflexiones el hecho de creer que la psicología, como disciplina científica y práctica profesional, pueda por sí sola contener mediante su práctica el surgimiento y la expansión de los sufrimientos humanos; creemos, no obstante, que si la psicología desdeña el trabajo preventivo, grandes masas de población quedarán excluidas de los modelos hoy vigentes. Entonces, la alienación a la que se ven sujetas las grandes masas de la población proporciona en muchos casos la “masa acrítica” que reproduce por ignorancia el mismo sistema que los aliena.

En muchas de las carreras de Psicología de la Argentina, la falta de formación, estudio, análisis e investigación en epidemiología, psicohigiene y perspectivas, análisis y crítica de la realidad, restringe el campo de acción de los psicólogos e impide satisfacer las demandas sociales de atención psicológica. A título de ejemplo, se pueden mencionar los amplios espacios de acción que se podrían trabajar desde una práctica preventiva: trabajo en poblaciones empobrecidas o marginales⁶, instituciones escolares⁷, instituciones intermedias de la sociedad, enfermedades tempranas o problemas de alcoholismo y drogadicción, entre otros. Podrían detectarse más oportunamente casos de autismo, debilidad mental y otras patologías, sin que suceda lo que habitualmente se observa en el trabajo profesional, o sea, que esos casos generalmente se detectan cuando ya se han agravado.

⁶ En un doble sentido: a) el sujeto de la problemática de la psicología en general suele ser un sujeto de clase media y b) prácticamente la mitad de la población en Argentina pertenece a la clase baja (Datos del INDEC, 2005).

⁷ Por ejemplo, en la provincia de San Luis, Argentina, hay 445 escuelas públicas; para todas esas escuelas funciona un único Gabinete Psicopedagógico, en el que solamente hay tres psicólogos.

La ausencia de una mirada social respecto del trabajo en prevención y epidemiología en psicología se extiende no sólo a la formación profesional de los psicólogos sino también a las políticas públicas, en las que la prevención suele ser un mero enunciado debido a que los profesionales involucrados están orientados hacia una formación asistencialista.

En los casos en que diferentes grupos intentan llevar a cabo una acción política preventiva, suelen ser hostigados a través de los presupuestos económicos, que terminan minando las posibilidades, los deseos y los esfuerzos personales.

Frente a las aseveraciones mencionadas, cabe preguntarse para quién es operativa esa forma de definición de la salud mental y si los psicólogos estamos en condiciones de definir un concepto de salud mental “descontaminado” de las prácticas sociales generadas y sostenidas desde estructuras que buscan y legitiman un orden social determinado.

Los psicólogos y el control social

La psicología como disciplina científica se conformó como tal en 1879, en Leipzig, Alemania, cuando el médico Wilhelm Wundt (1832-1920) creó el primer laboratorio experimental de psicología, y setenta y cuatro años después se fundaba la primera carrera de Psicología en Argentina. A la fecha, siete universidades estatales y 24 privadas la ofrecen (Klappenbach, 2003).

Haciendo un rápido recuento del surgimiento de la psicología, esta emerge a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII en una situación compleja en la que intervienen, entre otros factores, el referido al momento en que el avance de las especializaciones en la medicina, determinado por el desarrollo científico de la época, va abandonando al hombre en sus definiciones conceptuales como sujeto íntegro y dispone, para su estudio, la división entre mente y cuerpo, dejando a la psicología el estudio de la mente⁸.

Ese momento también ocurre cuando el abandono de las matemáticas como espacio de representación permite que el hombre se convierta en

objeto de estudio de las ciencias. Entonces, cuando la investigación se dirige reflexivamente hacia las representaciones del trabajo, de la vida y del lenguaje, imbricándose entre sí estos tres factores, se posibilita y determina este nuevo dominio del saber: *el saber sobre el hombre*, un saber reflexivo sobre este ser empírico que *es* en el tiempo y cuyo pensamiento está oscuramente tejido con lo impensado (Foucault, 1993).

El surgimiento de este saber psicológico sobre el hombre no sólo hizo posible un conocimiento más acabado de las diversas motivaciones del individuo para actuar de tal o cual manera, las causas de su conducta, lo inconsciente de su estructura mental, las conductas individuales y grupales, los abordajes posibles de las denominadas enfermedades mentales⁹. También este conocimiento estuvo al servicio de las estructuras de poder, que fueron utilizándolo de acuerdo con sus conveniencias.

Proponemos pensar, a modo de ejemplo, en que el interés por el estudio de los grupos no tuvo fines científicos netos. Esos estudios, realizados por la psicología social y que algunos autores lo adjudican en primer término a Le Bon en su obra *Psychologie des foules*, publicado en 1895, y que se expresarían luego con las obras de McDougall *The group mind*, de 1920 (cfr. Huici y Morales, 2004) y de Elton Mayo y sus colaboradores en la Western Electric de Chicago a fines de la década de los 20 –quien fue el primer psicólogo que trabajó con grupos experimentales (el llamado “*test group*”) y que a partir de sus experiencias propuso la teoría de las relaciones humanas–, buscaban conocer la dinámica de los grupos, que se expresaba de manera desconocida para sus patrones.

No podemos olvidarnos de Kurt Lewin y el movimiento que denominó “dinámica de grupos”, donde trabajó en el Instituto Tecnológico de Massachusetts con diferentes modelos de grupos experimentales, en su mayoría financiados por el gobierno de Estados Unidos, en los cuales demostró lo que el gobierno quería demostrar¹⁰. Es menester

⁸ Por cierto que esta mención está simplificada; es sabido que la psicología tiene una disputa larga y duradera en las cuestiones de poder con la medicina y la psiquiatría, ya que sus campos de estudio no están establecidos de manera tan definida.

⁹ De acuerdo con las definiciones que se realizaban desde las diferentes teorías psicológicas.

¹⁰ Las experiencias más importantes desarrolladas por Kurt Lewin fueron, a saber, las de grupos de amas de casa a las cuales se trataba de cambiar sus hábitos alimenticios aumentando el consumo de vísceras para que la carne pudiera destinarse a

mencionar que se reconoce a Lewin, además, como uno de los fundadores de la psicología comunitaria.

Como iniciadores de la escuela de las relaciones humanas, se ubica a Sherif, con su obra *La formación de las normas sociales: el paradigma experimental*, publicada en 1936, entre los más destacados autores que marcan el interés del conocimiento de la dinámica de los grupos con el fin de poder ejercer control sobre los mismos. De hecho, el estudio de los grupos se convierte en una necesidad imperiosa (o del imperio) cuando surge la organización sindical en las fábricas, a mediados de la década del 1910, y este movimiento se convierte en un tema de difícil manejo para las organizaciones patronales y los gobiernos (Román y Ferri, 2002). Entonces, se los estudia para conocerlos y así poder controlarlos mejor. Posteriormente, los grupos se convirtieron en objeto de estudio científico en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando el comunismo –de la mano de los bolcheviques– se convirtió en una amenaza mundial para el mundo capitalista.

Allí se reproduce otro ejemplo de cómo la psicología se puso al servicio del sostenimiento y reproducción de las necesidades del capitalismo de ese entorno histórico.

El control social

Al respecto, Aniyar de Castro (1983) sostiene:

El control social no es otra cosa que un despliegue de tácticas, estrategias y fuerzas para la construcción de la hegemonía, esto es, para la búsqueda de la legitimación o aseguramiento del consenso; o, en su defecto, para el sometimiento forzado de los que no se integran a la ideología dominante. Las fronteras con el poder mismo están muy diluidas. El control así entendido es una intensa y polifacética manera de educar a los individuos, y de este modo a las masas, desde el nacimiento hasta la muerte. Es por tanto muy difícil [...] ubicar los límites del concepto “educación”, los cuales nos parecen totalmente convencionales. En realidad, se educa a través de todos los órganos del control social informal: la familia, la religión, la escuela, los

los soldados que estaban en el frente, y también la experiencia realizada después de la guerra, donde se trabajó con niños tratando de demostrar que los líderes democráticos obtenían mejores resultados en las tareas del grupo.

medios de comunicación y de información, la literatura y la subliteratura, la ciencia, etc. Este control, que es socialización, está en toda la vida social, tanto en las leyes como en las estructuras de poder, en las normas técnicas de tránsito, en los hábitos, en los tipos de vivienda, en los ritos, en lo que se puede o no se puede comprar, en la estructura clásica de las jerarquías, en los automatismos de la rutina clásica.

Partiendo de lo anterior, podría repensarse cómo el disciplinamiento que impone la psicología en su mirada teórica, prácticas o discursos legitimadores, aborda una verdadera entelequia respecto de la salud mental “prometida” que reproducen sus acólitos, las más de las veces sin tomar conciencia de ello. En esos espacios pretendidamente desideologizados o neutrales podríamos ubicar a muchos psicólogos, en tanto que no realicen una vigilancia de sus propias prácticas (Bachelard, 1981), o a aquellos que realizan sus tareas al servicio del control social.

Y el riesgo aumenta cuando la disciplina en cuestión contribuye a la consolidación de sistemas sociales altamente injustos, marginadores y con altos grados de exclusión, tal como se presenta la realidad actual.

CONCLUSIÓN

Estas someras reflexiones no apuntan a desprestigiar a la psicología ni a las teorías en que ésta se sostiene como cuerpo de conocimiento y campo de aplicación.

Desde nuestros espacios de pensamiento, sostenemos que el intento de desideologizar los terrenos de la psicología encubre una ideología dominante, útil a las demandas del poder en tanto que la psicología es parte del poder.

En este trabajo se intenta que se discuta la ampliación del conocimiento y de los campos de aplicación para conformar una psicología preventiva que recoja la experiencia de los modelos imperantes ya que constituyen la matriz de la psicología, se reflexione sobre los mismos y su relación con el poder y se esté atento al momento en que se constituye la psicología como institución de control social, dejando fuera su función específica, ligada a la sanidad mental.

También sostenemos que desde los diferentes espacios desde donde se forma y transforma a la psicología es urgente estar muy atentos a la mul-

tiplicidad de las demandas que surgen de los distintos escenarios de la población, ávida de atención psicológica, entre otras tantas necesidades.

REFERENCIAS

- Aniyar de Castro, L. (1983). La educación como forma de control social. *Capítulo Criminológico* (Universidad de Zulia, Maracaibo, Venezuela), 11/12.
- Bachelard, G. (1981). *El racionalismo aplicado*. Buenos Aires: Tecnos.
- Dagfal, A. (2007). *La carrera de Psicología de la UBA cumplió medio siglo*. Buenos Aires: Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Disponible en línea: http://www.psi.uba.ar/institucional/novedades/50_aniversario_carrera_psicologia_uba/version_articulo_dagfal.php.
- Foucault, M. (1966). *Las palabras y las cosas*. Madrid: Alianza.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Huici C., C. y Morales D., J. (2004). *Psicología de grupos 1. Estructura y procesos*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Khunn, T. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, Col. Breviarios.
- Klappenbach, H. (2003). La globalización y la enseñanza de la psicología en Argentina. *Psicología em Estudo* (Maringá, Brasil), 8(2), 3-18.
- Parisi, E. (2005). Algunas reflexiones sobre la formación de los psicólogos. En *Psicólogos sin Fronteras* (Eds.): *Otra psicología es posible*. Buenos Aires: Cooperativas.
- Parisi, E. (2006). Psicología, interdisciplina y comunidad. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 11(2), 373-384.
- Román M., P. y Ferri D., J. (2001). *Los movimientos sociales: conciencia y acción de una sociedad politizada*. Madrid: Consejo de la Juventud de España.
- Sherif, M. (1936/1973). La formación de las normas sociales: el paradigma experimental. En H. Proshansky y B. Seidenberg (Eds.): *Estudios básicos de psicología social* (pp. 566-577). Madrid: Tecnos.